

una casta cerrada, y aunque debió manifestarse desde un principio la tendencia á conservar como hereditario de padres á hijos el cargo sacerdotal, se daban libremente los nombramientos, sobre todo en los empleos inferiores. El sacerdocio pertenecía al hombre que renunciaba al afecto de padres, hermanos é hijos.

La supremacía política y religiosa que daban á Judá estos establecimientos suscitó contra ella el odio y envidia de otras tribus. Sobre todo, Efraím, veía muy mal el dominio que pasaba de sus manos á las de otras tribus, cuya población, por lo menos en parte, era de origen extranjero. No parece que el descontento llegase á rebelión, pero al rey le salió un serio competidor en la persona de Jeroboam, hijo de Nebat. Este se vió obligado á huir á Egipto, junto al Faraón, pues el sólo hecho de haberlo puesto frente á Salomón era de mal agüero para lo futuro. Mucho más adelante, cuando predominó la influencia sacerdotal, entre las tristezas del destierro y los peligros de la vuelta á Jerusalén, se recordó con gusto la época de la fundación del templo, se embelleció su memoria y aquellos hebreos degenerados consideraron á Salomón como al más sabio de la raza. Se refirió entonces que Jehovah se había presentado tres veces á Salomón, se le supuso en correspondencia con todos los monarcas del universo y se evocó á la reina de Saba, diciendo que desde el centro de la Arabia fué á rendirle pleito homenaje. Los contemporáneos no sospecharon nada de todo eso. Salomón era para ellos el amo orgulloso y duro que los había agobiado con impuestos para embellecer su ciudad y enriquecer su tribu.

Apenas falleció (929) empezó la reacción contra su obra. Su hijo Roboam le sucedió sin oposición en Jerusalén, pero las tribus del centro y del Norte se reunieron en Siquem para elegir rey, si es que no los libertaba Roboam de las cargas impuestas por su antecesor. Jeroboam, de regreso de Egipto, se encargó de hacerle estas representaciones, y Roboam pidió un plazo de tres días para resolver, consultando á los antiguos servidores de la corona, que le aconsejaron que cediese. Pero prevaleció la opinión contraria de los jóvenes, y cuando Jeroboam volvió, fué ultrajado y amenazado. Las tribus del Norte y del Este, los filisteos, los amobitas y los amoni-

tas se declararon en favor de Efraím y proclamaron á Jeroboam rey de Israel. Aquello fué el desquite de José contra Judá. Judá se negó á abandonar á la raza de David y se separó del resto de la nación. Nadie lo siguió en su aislamiento, pero el territorio ocupado por los restos de Simeón y algunos pueblos de Dan y Benjamín, demasiado próximos á Jerusalén para poderse librar de la atracción de la gran ciudad, permanecieron á las órdenes de Roboam.

Así cayó la casa de David, y con ella el reino que había tratado de fundar. Juzgando por el carácter de David y Salomón, hay que opinar que merecían mejor suerte. Ambos tuvieron la reunión de cualidades y defectos que constituían á los grandes príncipes semitas. El primero, soldado y héroe aventurero, tipo de fundador de dinastía, embustero, cruel y disoluto, pero valiente, previsor, capaz de abnegación, generosidad y arrepentimiento: el segundo es el monarca sensual y devoto que suele suceder al soldado afortunado. Si no instituyeron nada duradero, fué porque desconocieron ambos la naturaleza del pueblo que mandaban. Los hebreos carecían de espíritu militar y David los obligaba á guerrear. No eran marinos ni constructores, ni aficionados, entonces, al tráfico ni á la industria, y Salomón les hizo construir flotas y caminos y los lanzó á aventuras industriales y comerciales. El azar de las circunstancias pareció favorecerlos un momento. Debilitados Egipto y Asiria, divididos Aram y Fenicia, pudo David ganar batallas y redondear sus dominios. La alianza interesada de Tiro dió medios á Salomón para realizar sus proyectos de viajes y construcciones. Pero en cuanto desaparecieron, el reino penosamente edificado, se desvaneció sin estrépito y casi sin sacudida, sólo por la fuerza de las cosas.

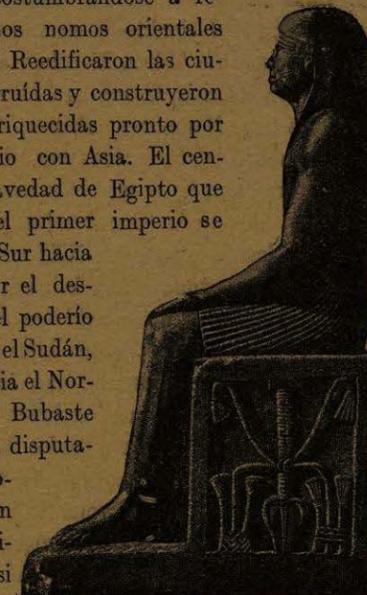
Israel y Judá hasta el advenimiento de Omri: la XXI dinastía egipcia; Sheshouk I: Principio del reino de Damasco.

La unión de Efraím y Judá bajo un solo mando había sido demasiado corta para cambiar las antiguas tradiciones del tiempo de los Jueces; únicamente había desaparecido la división en tribus, que no era ya más que un recuerdo histórico. En realidad, no que-

daban más que dos: Judá al Sur é Israel al Norte, en las regiones situadas al Sur del Jordán. Israel era la más poderosa, y mientras ella vivió, Judá se movió obscuramente en su órbita, sin llamar la atención del extranjero. Roboam se dedicó á resguardar su reino, á fabricar armas y arreglar las murallas de las ciudades. Jeroboam desplegó mucha actividad, se instaló en Siquem y fortificó la orilla izquierda del Jabbok. Había en el nuevo reino muchos santuarios y Jeroboam escogió dos para oponerlos á los de Jerusalén, Dan al Norte y Bethel al Sur. Como el sacerdocio del templo de Salomón, el de los templos de Jeroboam era una clase abierta. Este reconocimiento oficial de los templos de Israel excitó la envidia de los sacerdotes de Judá, y con la rivalidad política de los dos reinos se juntó la rivalidad religiosa de los dos cleros. Ambos servían á Jehovah con los mismos ritos, afirmando cada uno que el contrario era infame y desagradable al dios nacional. Las divisiones de los hebreos los entregaban sin defensa á todos sus vecinos.

Egipto era el único que podía aprovecharse de ello. El siglo transecurrido desde la usurpación de los reyes-sacerdotes había pasado entre guerras civiles y revoluciones. Había muerto el viejo Egipto de los conquistadores tebanos, y había nacido otro nuevo en su lugar. La vida había empezado á retirarse del Sur y de Tebas, refluendo hacia el Norte y los nomos del Delta. Mientras las empresas de los Faraones no habían pasado de la cuenca del Nilo, Tebas había sido el centro natural del imperio. Las ciudades septentrionales que estaban frente á naciones con las cuales sólo sostenían relaciones irregulares, ejercían poco influjo en los destinos del reino. La misma Memfis, á pesar de su extensión y de los recuerdos de Menes y de las primeras dinastías, ocupaba un lugar secundario. La invasión de los pastores, convirtiendo á la Tebaida en refugio y último baluarte de la nacionalidad egipcia, acrecentó esta importancia. Durante los siglos de lucha, no sólo fué Tebas la primera ciudad del país, sino el país mismo, y el corazón de Egipto latió bajo sus murallas. Las victorias de Ahmosis, y las conquistas de Thutmosis I ensancharon el círculo del mundo. Se franqueó el istmo de Suez, se sometió Siria, fueron convertidos en tributarios los príncipes del Norte y el Eufrates en favor

de Tebas, y durante diez años desfilaron los vencidos por frente á sus palacios. Pero al llegar los tiempos de la dinastías XIX y XX, cuando sirios y libios, cansados de prolongadas servidumbres, se rebelaron contra sus señores, se vió que Karnak estaba lejos de la frontera asiática, y que una residencia colocada á más de doscientas leguas tierra adentro, era mal cuartel para soberanos siempre inquietos. Ramsés II, Minephtah y Ramsés III fueron acostumbrándose á residir en los nomos orientales del Delta. Reedificaron las ciudades derruidas y construyeron otras, enriquecidas pronto por el comercio con Asia. El centro de gravedad de Egipto que al caer el primer imperio se movió al Sur hacia Tebas por el desarrollo del poderío egipcio en el Sudán, volvió hacia el Norte. Tanis, Bubaste y Sais se disputaron el poder con probabilidades casi iguales y reinaron



Estatua del Faraón Sheshouk en basalto verde.

sucesivamente, pero la savia que tanto tiempo había sostenido al Egipto tebano estaba harto empobrecida. Desfallecieron rápidamente aquellas ciudades una tras otra, sin acercarse jamás al esplendor de Tebas, ni producir una sola dinastía comparable con las tebanas.

Desde la exaltación de Hrihoru y el advenimiento de Smendes estaba Egipto partido en dos. No podía durar mucho esta situación sin que una de ambas casas reales tratase de suplantarse á la otra. La tanita conservó siempre la superioridad. No concedió al primer heredero de Hrihru, llamado Pionkhi, más que el título de gran sacerdote de Amón. Luego ejerció el tanita Psinkhanu I el pontificado en Tebas antes de ser rey en Tanis. Después Pinotmu I realzó la realeza tebana, y sus dos hijos Marahirti y Manakhpirri, se sucedieron en el cargo de sumos sacerdotes y gobernaron el Mediodía, casi á partir desde Fayum. Las dos familias seguían el uso tradi-

cional de legitimar sus usurpaciones por medio de enlaces con la raza de los Ramésidas. Esta subsistía aún: los varones eran simples particulares, pero las hembras se casaban con los soberanos y legaban á sus hijos los derechos de sus antepasados.

Parece que á los Faraones tanitas no les faltaban ni vigor ni recursos. Sus monumentos, aunque pocos, demuestran que no interrumpieron del todo la obra de sus antecesores. Tanis fué la ciudad más embellecida. El templo principal rivalizaba en tamaño y esplendor con el de Tebas. El coloso monolítico erigido por Ramsés II era tan alto, no sólo como los dos Memnones tebanos, sino también como la estatua, rota hoy, del Ramaseum. Todo Faraón constructor era, ó trataba de ser, un Faraón conquistador, y es indudable que los de la dinastía XXI tratarían de afirmar su autoridad sobre la Siria meridional. La expedición de Psiukhanu II contra Guezer y el matrimonio de sus hijas con Salomón y Hadad el Idumeo les parecieron á los egipcios de entonces un renacimiento parcial de su antigua dominación. Pero les faltó fuerza para completar aquellos ligeros triunfos. Los nomos no obedecieron voluntariamente al poder central; la población indígena, amenguada por guerras anteriores, no daba ya bastante contingente para el ejército. Para sostenerse contra las rivalidades interiores, y disponer de ejército contra enemigos de fuera, los Faraones de Tanis tuvieron que acudir á los mercenarios y entregaron la patria á los bárbaros.

La irrupción de éstos en los asuntos egipcios fué menos súbita é imprevista de lo que pudiera suponerse. En todo tiempo se había considerado política hábil llenar con prisioneros los vacíos producidos en las filas indígenas por la guerra. Los Faraones de la dinastía XII ya se habían alabado de transportar al Mediodía las naciones del Norte y recíprocamente. La invasión de los Pastores aumentó considerablemente el número de extranjeros. Después de la victoria de los verdaderos egipcios, la familia real de los Hiksos usurpadores y la clase guerrera emigraron á Asia, pero el grueso de la población no quiso expatriarse. Hourei, Tanis y otras ciudades permanecieron, digámoslo así, en manos de los semitas. Estos, aunque súbditos egip-

cios, no olvidaron sus tradiciones nacionales, conservaron cierta autonomía, se negaron á pagar determinados impuestos y se jactaron de no pertenecer á la raza faraónica. En tiempo de la dinastía XVIII algunos tuvieron mandos importantes y llegaron á altos cargos en el sacerdocio. Sus divinidades entraron en el Panteón egipcio y tuvieron templos en Memfis. A mediados de la dinastía XIX las campañas de Sesostri y su alianza con el rey de los khati pusieron en moda los dialectos sirios.

Al Occidente del Delta correspondieron otras influencias á otras razas. Sais y las ciudades vecinas, en trato constante con las tribus libias, les habían tomado lo menos la mitad de la población. Los mazayu y, sobre todo, desde el reinado de Ramsés III, los mashuasha predominaban entre ellos, pero mientras los semitas se metamorfoseaban, á la larga, en agricultores, letrados, sacerdotes, mercaderes y obreros, los libios conservaban su temperamento guerrero y su organización militar. Hacia dos mil años que los mazayu estaban acampados en el territorio, pero no se habían arraigado: eran más bien mercenarios por derecho hereditario que ciudadanos pacíficos. Servían en los cuerpos de policía colocados en cada nomo á disposición del gobernador, guarnecían los puestos de las fronteras y acompañaban al Faraón en sus expediciones lejanas. Las ideas de armas y lucha estaban tan enlazadas con sus personas, que en la época de decadencia del idioma, su nombre, alterado en la forma de *matoi*, significaba soldado para los coptos. Los mashuasha no renunciaron nunca á su traje ni armamento especial. Se los conocía en la pluma que llevaban inclinada sobre la cabeza á guisa de tocado. Reclutados sin cesar entre lo más selecto de las hordas libias, atraídas por las aventuras de la guerra ó por el atractivo de un buen sueldo, no tardaron en ser la fuerza principal de los ejércitos egipcios. Los Faraones se rodearon de sus mesnadas como de una guardia más sólida que las tropas indígenas y les dieron por jefes príncipes de sangre real. Estos jefes de los mashuasha se fueron haciendo independientes de su soberano: unos se apoyaban en sus soldados para subir al trono, los otros prefirieron nombrar y destronar reyes á su gusto. A fines de la dinastía XXI era Egipto

presa de los extranjeros; y no tuvo más dueños que los que éstos quisieron darle.

A mediados ó á fines de la dinastía XXI, había en Bubaste, ó en sus alrededores, un libio llamado Buyna. Sus descendientes prosperaron y el quinto de ellos, Shorhanka (Sheshonk) se casó con una hija de sangre real, llamada Mihitnuoskhit. Su hijo Namaruti unió á las dignidades religiosas que le correspondían, el título militar de comandante de los mashuasha. Su nieto Sheshouk tuvo fortuna más brillante todavía. Desde el principio de su vida, se le trató de majestad, y se le llamó «príncipe de los príncipes», lo cual parece demostrar que era el primero de los mashuasha. De todas maneras, era el personaje más importante del reino, casi igual al soberano. Había casado á su hijo Borkris con la hija de Lor. Psiukhanu, el último de los tanitas de la dinastía XXI y este matrimonio, aseguró á su raza la realeza. En pocos años reunió todo Egipto bajo su poder. Al morir Psiukhanu se otorgó á sí mismo las insignias de la soberanía y cuando murió Pinotmu II, heredó el cargo de primer profeta de Amón que dió á su hijo Aputi. Parece que la familia de Pinotmu no opuso resistencia y se retiró á Etiopía, en Napata, donde fundó un Estado independiente. El advenimiento de Sheshouk I y de Aputi consumó la ruina política y económica de Tebas. El desorden y el empobrecimiento, espantosos ya en tiempo de los últimos Ramésidas, crecieron en la época de los sucesores de Hrihoru. Los robos eran tan frecuentes en la necrópolis y tan audaces los ladrones, que para salvar las momias de los grandes tebanos, hubo que depositarlas en cámaras muradas y en capillas, y de cuando en cuando comprobaban los inspectores la identidad de los cadáveres y el estado de conservación de su envoltura. Allí se juntaron príncipes de las dinastías XVII, XVIII y XIX. Aputi, cuya descendencia de estos gloriosos cadáveres era muy indirecta, se impacientó por la vigilancia que éstos exigían, y resolvió meterlos en un lugar donde estuvieran resguardados de todo ataque. Los grandes sacerdotes de Amón habían construido una tumba de familia, y allí amontonó Aputi los féretros reales, disimulando tan hábilmente su entrada que nadie la encontró hasta nuestros días.

Sheshouk I fué un príncipe vigoroso y osa-

do. Las riñas intestinas de Israel les dieron ocasión para continuar en Siria la política de sus antecesores. Sin romper con Salomón, abrió su reino á los desterrados y á los descontentos. Hadad el Idumeo y Jeroboam encontraron asilo y favor en su corte. Cinco años después del cisma de las tribus, invadió á Judea, atacó á Jerusalén, la saqueó y entró en Israel. De regreso á sus Estados, grabó en una muralla de Karnak el nombre de las ciudades que había tomado. La comparación de su lista con la de Thutmosis III demuestra cuán profundo era el aniquilamiento de Egipto, aun cuando fuese vencedor en tiempos de la dinastía XXI. No se habla en ella de Gargamish, de Kodshu, de Damasco ni de las ciudades del Naharanna. Mageddo es el punto más septentrional á que llegó el vencedor, y las demás poblaciones están al Sur. A fuerza de poner nombres de pueblos insignificantes y de partir los que se componían de varias palabras, logró Sheshouk la vanidosa satisfacción de componer una lista de vasallos tan completa como la de su antecesor. Pronto falleció, y sus sucesores no pensaron en sostener la soberanía que había restablecido sobre toda Judea.

Después de la retirada de Sheshouk Judá é Israel anduvieron cada vez más discordes. Jeroboam murió en 908 y su hijo Nadab fué asesinado delante de Gibbetón, por Baesha, hijo de Akhijah, á los dos años de reinado. Baesha se lanzó sobre Judá, donde Asa, hijo de Abijam, nieto de Roboam, acababa de ceñirse la corona, y fortificó á Rama, á dos leguas al Norte de Jerusalén. Asa, que había rechazado, según la leyenda, á una inmensa horda de etíopes y libios, se sintió harto débil para luchar con los israelitas, y solicitó el auxilio del rey de Siria. Después de Rezon no había dejado de crecer Damasco en importancia y en vigor. En tiempos de Hezión, Tabrimón y Benhadad I, había conquistado á Hamat, la Celsiria y los distritos del desierto que confinan con el Eufrates. Benhadad recorrió Galilea y redujo á sus ciudades. Baesha, llamado al Norte, no pudo sostenerse en Rama, y Asa aseguró su frontera armando á Gibeá y á Mizpah. Tampoco pudo Baesha fundar una dinastía duradera, Zinris asesinó á su hijo Ela. Estaba el ejército en el país de los filisteos, frente á Gibbetón cuando se perpetró el homici-

dio. Entonces el ejército se sublevó, proclamó á su jefe Omri y marchó contra los asesinos. Zinris, vencido en Tirzah, prendió fuego al palacio real y ardió en él después de haber reinado siete días. Omri, vencedor, encontró un rival en Tibuí, hijo de Ginat: la guerra entre ambos bandos duró cuatro años y acabó con la muerte natural ó violenta de Tibuí y su hermano Joram. La toma de Jerusalén por Sheshouk, la hostilidad constante de Judá y de Israel, los crímenes de los soberanos, y el choque incesante de las facciones acabaron de debilitar al pue-



La recolección de dátiles. (Bajo relieve Caldeo.)

blo hebreo y le arrebataron el poco prestigio que le quedaba desde el tiempo de David. La hegemonía pasó de Jerusalén á Damasco y los descendientes de Rezón trataron de llevar á cabo la misión en cuyo logro había fracasado la casa de Jacob. Procuraron reunir las diferentes naciones de Siria en un imperio y quizá lo hubiera logrado si Asiria, repuesta de su derrota, no se lo hubiera estorbado.

Los soberanos de la dinastía XXI egipcia fueron los siguientes:

TEBAS	TANIS
I. Hrihoru Siamon.	I. Vazkhopirri Sotpunri Nobindidi Miamun.
II. Pionkhi	II. Acropirri Soptunamon Psiukhann Miamun.
III. Pinotmu I.	III. Usirumari Soptunamon Amenemopi Miamun.
IV. Masahirti	IV.
V.	V. Nuthirkoopirri Soptunamon Siamox Simontu.
[VI. Manakhipirri	VI.
VII. Pinotmu II.	VII. Vzhigri Hor-Psiukhanu Miamun.

CAPITULO IX

El segundo imperio Asirio hasta el advenimiento de Sargón.

Asurnazirabal y Salmanasar: los reyes de Damasco y la casa de Omri.—Decadencia momentánea del imperio asirio: los profetas de Israel; Jeroboam II, Tiglatfalsar III; caída de Damasco. Dinastías XXII y XXIII: los etíopes en Egipto: Pionkhi y Sabacón.—Caída del reino de Israel.

Los años que siguieron á la derrota de Asurnazirabal II habían sido para Asiria tiempos de miseria y humillación. No sólo

perdió las adquisiciones de Tiglatfalsar I en Siria, sino que también sacudió el yugo Babilonio. Recobraron la libertad los pueblos del Nairi y del Umliash; hasta la Mesopotamia se separó de Nínive. Apenas conservaron los monarcas asirios los distritos próximos á su capital. Verdad es que trabajaron enérgicamente para compensar estos desastres y rehacer su poderío. Irbaadad, Asuridinakhe II, Tiglatfalsar II, Asurdán II y Adadnirari II reconquistaron palmo á palmo el territorio. El último monarca (911-890) era ya bastante fuerte para derrotar al rey de Babilonia, junto al monte Yalmán y para ensanchar su frontera allende el Zab inferior. En lo interior restauraron ciudades y templos, abrieron y limpiaron canales de riego, y consolidaron los diques que protegían la llanura contra las crecidas del Tigris. Tugultinip II (889-885) hijo de Adadnirari, volvió á empezar la obra de expansión interrumpida tanto tiempo, y demostró un coraje feroz, exponiendo metidos en palos los cuerpos de los vencidos. Los reyes de Asiria empleaban en fortificarse pacientemente el tiempo que los soberanos de Israel y los Faraones gastaban en pendencias estériles.

Según se extendía su autoridad hacia el Norte, la ciudad de Asar iba perdiendo la importancia que había disfrutado en los siglos heroicos de la monarquía, pues dejaba de ser el punto central del imperio y no conservaba su categoría de capital más que por respeto á la tradición. Asurnazirabal III (885-860), sucesor de Tugultinip II escogió otra residencia. Más de cinco siglos antes Salmana-

sar I había construido en la confluencia del Tigris con el Zab grande, una ciudad cuyo crecimiento fué impedido por las revoluciones. Al cuarto año de reinado, Asurnazirabal arrasó lo que quedaba de lo edificado por su antecesor y puso los cimientos de una población nueva. Desde entonces y durante un siglo, todos los soberanos de Asiria se esmeraron en embellecerla, y habitaron en ella cuando descansaban de la guerra. La ciudad se llamó Kalakh.

De allí salían los monarcas asirios casi todos los años para sus campañas. Apoyados en la meseta de Media, y limitados por las montañas de Armenia, no tenían grandes deseos de atacar á los pueblos del Este ó NE., lo cual les habría dado mucho trabajo y poca ganancia. A lo más, trataron de sostener bajo su dominio á las tribus levantiscas de la frontera del valle del Tigris, y de las montañas del Kurdistan, y si alguna vez pasaron de estos límites, fué para llevar á cabo algaradas hacia el Mar Negro y Mar Caspio, ó para osadas expediciones á los extremos de la Media, propiamente dicha. Sus verdaderos campos de batalla no estaban en esta dirección, sino al Sur, al Norte, al Noroeste, ó sea en Armenia, Asia Menor, Babilonia, Elam, ó al Oeste y Sudoeste de Siria. Durante dos siglos casi cada primavera recorrieron sus tropas, pero en sentido inverso, el camino recorrido ocho siglos antes por Thutmosis III y Amenotes II. Llegaron á Siria y la absorbieron á pesar de su resistencia desesperada. Gargamish, Fenicia, Damasco, Israel y Gaza, fueron cayendo en su poder, y los asirios echaron abajo las barreras que los separaban de Egipto, hasta que se encontraron los dos imperios orientales frente á frente como en tiempo de los Faraones de la dinastía XVIII. Entonces era Egipto el agresor; ahora lo fué Nínive. Acabó Egipto por sucumbir. Asiria puso guarnición en Memphis y los generales de Asurbanabal saquearon los templos tebanos.

Asurnazirabal fué el que empezó el avance. Gracias á él se desarrolló el imperio asirio, desbordándose á la vez por todas sus fronteras. Empezó por una expedición al Kurdistan y regiones meridionales de Armenia. Incapaces los indígenas de afrontar una batalla campal, se retiraron á las montañas, pero el rey asirio los persiguió hasta las cimas, derrotándolos. Después quemó los pueblos de

aquellos desdichados, y se lanzó al distrito de Karki, donde pasó á cuchillo á 260 combatientes, y construyó una pirámide con sus cabezas. Luego de Karkhi le tocó á Kummukh. Asurnazirabal había cobrado ya los tributos de los mushki y se preparaba á ir más hacia el Norte, cuando la rebelión de una ciudad de Mesopotamia le obligó á retroceder. Los rebeldes depusieron las armas cuando él se acercaba, é imploraron el perdón de su delito, pero el asirio fué implacable. Construyó un muro delante de las puertas de la ciudad, desolló á los jefes de la revuelta y cubrió el muro con sus pieles. El jefe principal fué llevado á Nínive, donde también se le desolló. No es de extrañar que la gente del país de Laki renunciara á seguir luchando. Otras insurrecciones de Armenia fueron sofocadas con no menor ferocidad y prontitud. Al retirarse á Kalakh aquel primer año, pudo alabarse Asurnazirabal de haber aterrorizado á todos sus vecinos.

En años siguientes prosiguieron los triunfos. En 801, guerra con los pueblos del Zagros; en 880, guerra contra Armenia; en 879, guerra contra el Kummukh, el Nairi y la mayor parte de las poblaciones del Alto Tigris, siempre con iguales victorias, y no menos crueldad para los vencidos. En 879, atacados otra vez los habitantes de Koskhi, abandonaron sus fortalezas y castillos, y para salvarse, huyeron á Matni, país poderoso. Persiguiólos Asurnazirabal; hizo en ellos gran matanza, y á 200 prisioneros que cogió vivos, les cortó las manos. Todavía quedaban en Mesopotamia algunas tribus y ciudades independientes, que fueron sometidas en una campaña. Asurnazirabal fué por el Khanmis, el Khabur y el Eufrates hasta Anat, y todos los pueblos ribereños pidieron cuartel sin vacilar. El príncipe de Zukhi que se atrevió á resistir, fué vencido en una batalla de dos días y huyó al desierto de Arabia. Le ayudaban algunos auxiliares caldeos, mandados por el general Belbaliddin y por Zabdan, hermano de Nabubaliddin, rey de Babilonia. Ambos jefes cayeron en poder de Asurnazirabal, y éste declaró que había triunfado de Caldea. A Nabubaliddin no le importó gran cosa esta fanfarronada, y el rey asirio, contento de su victoria, no consideró oportuno comprometerla atacando á Caldea. En 878 se sublevaron los Zukhi, y Asurnazirabal volvió al teatro de su anterior campaña.

Todos los distritos situados á orillas del Khabur y el Eufrates fueron arrasados, quemadas las poblaciones y empalados los prisioneros.

Al año siguiente fué á regiones no vistas por ningún rey asirio desde hacía dos siglos. En la primavera de 877 salió de Kalakh, se internó en Mesopotamia, atravesó el Khabur y el Batikh y llegó á las riberas del Eufrates. La Siria del Norte estaba dividida en pequeños Estados independientes unidos, como en tiempo de los egipcios, en una especie de confederación; pero la mayor parte de los que había, pocos siglos antes, ya no existía. Los khati, muy mermados en tiempo de Tiglat-falasar I, se habían ido debilitando más, y no tenían más importancia que la procedente de su posición geográfica. Gargamish dominaba el mejor vado del Eufrates en aquellos parajes. Los principados que la rodeaban, en lucha perpetua entre sí, resistían mal los ataques del rey Damasco y con mayor razón eran incapaces de rechazar á los asirios. Estos pueblos constituían una presa fácil de tomar, y tentadora por lo rica. A pesar de las guerras intestinas y de las invasiones extrañas, el país estaba todavía muy cultivado, era populoso y abundaba en industrias y comercio. La agresión de Asumazirabal sorprendió á los jefes del Khati en plena paz. Sangar, rey de Gargamish, no le disputó el paso del Eufrates, y le abrió las puertas de su residencia. Lurgana, rey de Patin, temió al invasor y le entregó veinte talentos de oro, uno de plata, 200 de estaño, y 100 de hierro. Además 1.000 bueyes, 10.000 carneros, 1.000 trajes, muebles, armas y esclavos. El distrito de Sukhuti quiso resistir, y sufrió los resultados de su temeridad: sus ciudades fueron saqueadas y empalados los prisioneros. Asumazirabal devastó después las dos vertientes del Líbano y llegó á orillas del Mediterráneo. Los reyes de Sidón, Tir, Gebel y Adad, antes de que se les acercara le mandaron presentes. Los asirios cortaron en el Líbano y el Amans, cedros, pinos y cipreses, que mandaron á Nínive para construir un templo á la diosa Untar. Ignoramos lo que hizo después el monarca asirio. Reinó otros diez y seis años, y no es de suponer que se dedicara al descanso. Su hijo Salmanasar II le sucedió en 860, y guerreó osadamente, como su padre, durante toda su vida. El primer año de reinado, se dirigió hacia el Eufrates, y no se detuvo

hasta orillas del Mediterráneo. Empleó cuatro años en reprimir las rebeliones del Bit Adit, en consolidar el poderío que ejercía en la Siria septentrional, y después de someter á Gargamish y á Patin, se aventuró por el valle del Orontes, donde intentó oponérsele el rey de Damasco con sus vasallos (876).

Después de vencer á Tibni, hijo de Ginath, Omri había tratado de consolidar su trono. Hasta entonces no había tenido Israel capital fija. Siquem, Tirzah y Rama habían sido residencias sucesivas de los sucesores de Jeroboam y Baesha. En los últimos años parecía la preferida Tirzah, pero Zimri había quemado su palacio, y además la facilidad con que era tomada ponía naturalmente en alarma al jefe de una dinastía. Omri se instaló en un territorio al NO. de Siquem y del monte Ebad, y como se lo había comprado á un tal Shomer, lo llamó Shimron (Samaria). La elección fué acertada, como lo demostró la rápida fortuna de la población. Estaba Samaria en la falda de una colina, unida á las alturas cercanas por una lengua de tierra estrecha y baja. El valle era fértil y las montañas tenían cultivos hasta la cumbre. No era fácil encontrar en Palestina sitio tan fuerte y hermoso. En seguida fué Samaria para Israel lo que era Jerusalén para Judá, centro de resistencia, á cuyo alrededor se reunía la nación en los días de peligro. No desconocieron los contemporáneos la importancia de aquella fundación: enlazaron el nombre de Omri con la idea del reino de Israel y no los separaron. Samaria y la misma casa de José fueron para los extranjeros Bit-Omri (casa de Omri) y así la seguían llamando mucho después de que Omri y su raza hubieran dejado de gobernar á los hebreos.

El viejo Benhadad I que había guerreado contra Baesha se aprovechó de la discordia entre Omri y Tibni para renovar sus asaltos. Tomó varias poblaciones y obligó al rey ó conceder á los sirios un barrio especial de Samaria. Omri se desquitó con represalias contra los moabitas, imponiéndoles pesado tributo en lana y ganados, pero con esto no compensaba sus pérdidas. Comprendió Omri que se exponía á perder su independencia y á ser vasallo del rey de Damasco, y buscó un apoyo en el exterior. Egipto estaba muy lejos, los asirios acababan de atravesar el Eufrates, los odios

políticos y religiosos habían abierto un abismo entre Israel y Judá. Entonces volvió la mirada hacia Fenicia y alcanzó para su hijo Acab la



Banquete asirio. (Bajo relieve del Museo Británico.)

mano de Izebel, hija de Itobaal, rey de Tiro.

Hiram I, amigo de David y Salomón, había elevado al apogeo la grandeza de Tiro. La autoridad de la metrópoli se había restablecido sobre Kitión y Chipre, se había regularizado el comercio con España, se habían abierto vías hacia el Extremo Oriente, gracias á la alianza hebraica, y la ciudad llegó á ser estrecha para la población que á ella afluía. Cubría entonces varias islas, separadas por brazos de mar poco hondos. En la mayor habían edificado los primeros colonos el templo de Melkhart. Un islote vecino poseía el templo del dios que los griegos identificaron más adelante con su Zeus Olímpicos. Hiram se dedicó á duplicar la extensión del terreno ocupado por su capital, cegando los canales que dividían los barrios y ganando al mar bastante terreno con terraplenes y andenes fortificados. Todavía no era bastante ancha con esto el área ocupada por las casas, y á semejanza de Arad, se desbordó Tiro sobre el continente y sus mercaderes y traficantes escalonaron quintas en las pendientes del Líbano; pero la isla siguió siendo residencia del Gobierno. Muerto Hiram, se vió agitada por sangrientas insurrecciones. A la realeza le costó trabajo aclimatarse entre aquella turba de fabricantes y marineros. Cuando Baleastart, sucesor de Hiram, falleció á los siete años de reinado, Abdestast, su hijo mayor, pereció en un motín. Ya se sabe el favor que tienen en Oriente las nodrizas de los reyes. Los cuatro hijos de la nodriza de Abdestart asesinaron á su hermano de leche y dieron la corona al mayor de ellos. Sostenidos por la masa de esclavos, soldados,

mercenarios y obreros que había en las poblaciones fenicias, conservaron el poder doce años. Su dominio produjo efectos desastrosos. Parte de la aristocracia emigró, las colonias se separaron de la metrópoli, y se habría perdido el imperio tirio si hubiera durado este estado de cosas. Una revolución destronó al usurpador y restauró el antiguo linaje real, sin devolver á la ciudad desventurada la tranquilidad que le era necesaria. Los tres hijos de Balcastart que quedaban, Astart, Aitarim y Feli, se substituyeron rápidamente en el trono. El último, después de reinar nueve meses, fué asesinado por su pariente Itobaal, que conservó el poder treinta y dos años.

El principio de tales disturbios había coincidido con el cisma de las tribus de Israel, y por esto los hebreos no habían sacado de ellos ventaja alguna; pero era de temer que uno de sus reyes, más emprendedor que sus antecesores, se dejara tentar por las riquezas de Fenicia y quisiera apoderarse de ellas. Itobaal aprovechó la ocasión de salvar este peligro emparentando con la nueva casa real de Israel. Izebel, su hija, se apoderó del espíritu de Acab, el rey israelita. Educada religiosamente por su padre, que había sido gran sacerdote de Astarté, solicitó de su esposo permiso para practicar libremente el culto de las divinidades fenicias y cananeas. Baal y Asherah tuvieron templos y bosques sagrados en Samaria y sus sacerdotes y profetas se sentaban á la mesa real. Acab mientras tanto seguía fiel al dios nacional y ponía á sus hijos nombres formados con el de Jehovah, como Akhasiah, Jehorom y



Escena agrícola en un cilindro caldeo.

Athaliah. No era este el primer ejemplo de tolerancia en Israel. Salomón había tolerado á sus esposas extranjeras lo que Acab otorgaba á Izebel. La oposición no procedía del cle-

ro oficial: seguían progresando los santuarios reales y otras comunidades y con esto le bastaba. Pero ya había pasado el tiempo en que podía erigirse su altar á Baal, cerca del de Jehovah sin excitar risa y horror. Ya había transcurrido un siglo desde la muerte de Salomón y creía una parte del pueblo que no había ni podía haber más dios verdadero que Jehovah. Tenían, por consiguiente, que aborrecer el uso de ídolos de madera ó metal, las prácticas comunes á cultos extraños y ciertas ofrendas ó sacrificios.

En Judá ya había derribado el devoto Asa, hijo y sucesor de Abijam, la imagen de Asherah, fabricada por su madre Maakha para su culto particular. Algunos profetas de Israel la em-



Lápida de piedra negra con inscripciones. (Gudilla de Sirgulla.)

prendieron contra Baal, contra la reina que le adoraba y contra el rey que lo sufría, persiguiéndolos con odio constante. Sobre todo Elías de Tisbé manifestó violenta oposición. Sus aventuras y hazañas, aumentadas y transformadas por la imaginación popular, están mezcladas con tantos prodigios, que es imposible discernir qué parte de verdad encierran los relatos que poseemos. Inspirado Elías por Dios, le anuncia á Acab que en los años próximos no habrá rocío ni lluvia más que cuando el profeta lo mande, y se escapa al desierto para salvarse del furor desencadenado por esta predicción. Lo alimentan cuervos que le traen carne y pan, y cuando se agota este recurso, recibe un barril de trigo y un cántaro de aceite inagotables, que reparte con una viuda de Sasepta, pueblo cerca de Sidón. Muere el hijo de ésta súbitamente, y Elías lo rescita en nombre de Jehovah y guiado por el espíritu ce-

lestial deja su retiro para presentarse otra vez delante de Acab. Este le recibe sin manifestar rencor, pero le pone frente á frente con los profetas paganos en la cumbre del Carmelo. Los fenicios invocan á gritos á sus *baalim*, y se desgarran el cuerpo con cuchillos. Elías implora entonces á Jehovah. El fuego del cielo baja á él y consume su holocausto. El pueblo se lanza sobre los idólatras, los mata, y empieza á llover. Dicen que después de esta prueba Elías se retiró otra vez al desierto y se presentó en Horeb al Eterno, que le mandó ungir á Khazael, rey de Siria, y á Jehú, hijo de Nimshi, rey de Israel, y á Eliseo, hijo de Shapat, profeta en lugar suyo. Enseguida subió Elías al cielo en un carro de fuego. Lo inverosímil de cuanto la tradición relata, demuestra cuán poderosa fué la impresión causada por el profeta en el espíritu de su pueblo.

Esta primera tentativa de reforma no dió resultado, pero fué bastante seria para añadir una discordia religiosa á las desgracias de la guerra extranjera. Fallecido Benhadad I, rompió en seguida Acab su vasallaje, pero Benhadad II llamó á sus vasallos y se dirigió contra Samaria. El rey pidió la paz en las condiciones que quisiera el vencedor y la respuesta á sus avances fué tan insultante, que los hebreos se resolvieron á luchar á toda costa antes que aceptarla. La fortuna acompañó á su valor. Benhadad fué sorprendido por una salida brusca, el pánico trastornó su campamento y su ejército huyó á la desbandada hasta el territorio de Damasco. Al año siguiente, en vez de meterse los de Damasco en el territorio montuoso de Efraim, donde perdían la ventaja del número, acamparon en la llanura de Jezseel, cerca de Afek, pero fueron derrotados como la vez anterior, y Benhadad fué capturado. A pesar de tan repetidas derrotas, el poderío de Damasco era tan terrible que Acab, luego de haber cogido al rey, no se atrevió á abusar de la victoria. Acogió al cautivo como á hermano, á pesar de la oposición de algunos profetas y le devolvió la libertad, después de firmar con él un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Israel recuperó los distritos que le habían quitado durante los reinados precedentes y los judíos tuvieron derecho á ocupar en Damasco un barrio especial. Esto fué el desquite de la paz impuesta á Omri por Benhadad I.

Apenas había cesado la lucha cuando los asirios aparecieron en Oriente. Benhadad había observado con inquietud sus progresos preparándose á recibirlos enérgicamente. Había renovado sus alianzas con Hamath, Arad y Fenicia, y había reclamado el contingente de Israel y Arabia recogiendo auxiliares en Egipto y en el país de Amón. Cuando á principios de otoño de 854, Salmanasar atravesó el Eufrates, el rey de Damasco fué á su encuentro y le presentó batalla en Kaskar. Tenía á sus órdenes 1.000 carros y 10.000 hebreos de Acab, 700 carros, 700 jinetes y 10.000 infantes de Hamath; 1.000 mercenarios egipcios y 1.000 amonitas, que sumados con los contingentes de sus vasallos, formaban un ejército de 62.900 infantes, 1.900 jinetes y 4.810 carros. El jefe árabe Djeudib le había llevado 1.000 camellos. La suerte le fué adversa: perdió 14.000 hombres, y tuvo que evacuar el valle del Orontes, pero había presentado tanta resistencia, y se había retirado tan en orden, que Salmanasar no se atrevió á seguir adelante, ni volvió al día siguiente, porque tenía que hacer al SE. de su imperio. Mardukshumizkur rey de Babilonia, traicionando y vencido por su hermano ilegítimo Mardukbelusate, había pedido el auxilio de Salmanasar. Este asoló en una primera campaña (852) los distritos situados al Norte de Turnat; en la segunda derrotó al pretendiente, le mató, se apoderó de Babilonia, Barsip y Kutí y llegó á la Caldea marítima.

Mientras tanto la paz entre Acab y Benhadad no fué duradera. Al tratar de la restitución de las ciudades judías, se había olvidado hablar de Ramoth Galaad, aunque era una plaza importante que dominaba la orilla izquierda del Jordán y amenazaba á Israel y á Judá. Acab quiso aprovecharse del resultado dudoso de la campaña contra los asirios para enmendar su olvido y se proporcionó aliados para que le auxiliasen en su empresa. En Jerusalén se había realizado un gran cambio de espíritu y de política. Jeshoshafat (Josafat) era ferviente adorador de Jehovah, pero su piedad no le cegaba hasta desconocer las necesidades políticas de la época. La experiencia de los reinados anteriores había demostrado que la rivalidad era funesta para ambos pueblos israelitas, y á causa de sus discordias Moab, Amón, Edom y los feudos filisteos habían sacudido el yugo. Damasco se había convertido

en la capital de un reino formidable y amenazaba con restaurar el imperio de David en beneficio de Benhadad. El temor de ser atacado á su vez, si sucumbían las tribus de Israel, pudo más en Josafat que las recriminaciones de los profetas de Jehovah, á quienes el odio á Baal impedía ver el peligro para la patria. Josafat se convenció de la necesidad de borrar lo pasado y de reunir las fuerzas todas de la nación contra los sirios. Casó á su hijo Joram con Athaliah, hija del rey de Israel, y cuando Acab le rogó que le acompañara á la toma de Ramoth Galaad, consintió en ello. Por primera vez desde hacía un siglo, la milicia de Judá entró en el territorio de Efraim sin intenciones hostiles, y ambas mitades de la nación se confundieron bajo las mismas banderas.

Josafat se mostró activo y belicoso desde que



Lápida de piedra negra, inscripción. (Dungi de Ur.)

empezó á reinar, y había dirigido contra sus vecinos del Sur varias expediciones afortunadas que afirmaron su autoridad sobre Edom. Su valor le sirvió de poco al lado de la poca fortuna de Benhadad.

Estuvo próximo á que le prendieran en el combate trabado cerca de Ramoth y su ejército quedó medio destruído. Acab, herido mortalmente de un flechazo, permaneció valientemente en su puesto, y murió al ponerse el sol. Sus soldados, sobrecogidos de pánico, se desbandaron (853). Acaziah llevó el cuerpo de su padre á Samaria. Josafat huyó á Jerusalén; Israel volvió al vasallaje, probablemente en las mismas condiciones que antes de la victoria de Afek y sus reyes Acaziah (853-851) y luego Joram, tuvieron que dar sus contingentes acostumbrados á Benhadad en sus campañas contra Asiria. Salmanasar, después de haber arreglado los asuntos de Babilonia, volvió á la carga en 850,